

Lanzamiento del libro "Ángeles y Demonios" de Julio Phillipi I.

Centro de Extensión

9 de agosto de 1995

No hace mucho tiempo que el Santo Padre Juan Pablo II se refería en una catequesis a la doctrina de la existencia de los ángeles para reafirmarla y explicarla. No se trata ciertamente de la doctrina central de la Revelación. Es en cierto sentido colateral, y sin embargo, es inseparable de ella, principalmente porque la acción de los ángeles se halla atestiguada en innumerables pasajes de la Escritura. Tiene el valor adicional de que ha sido una enseñanza combatida: el Papa recuerda que desde los saduceos, los materialistas y racionalistas de todo corte, la han impugnado o desconocido, de tal modo que su afirmación hoy día no se debe a que haya perdurado porque nadie se fijaba en ella, sino a que el pueblo de Israel primero, y la Iglesia después, encontraron que ella pertenecía al núcleo indestructible de lo que Dios ha revelado sobre sí mismo y sobre su acción en el mundo.

Cuando hoy día son tantos los que se encogen simplemente de hombros ante la mención de los ángeles, podemos estar seguros de que ellos continúan una larga tradición de escepticismo. Para nosotros los creyentes esa tradición tiene mucho interés porque nos dice algo sobre el mundo de aquellos que no quisieran que Dios entrara en él.

No podemos negar sin embargo el tema de los ángeles parece a ratos muy árido y desprendido de la vida. Surge entonces frente a este libro, la pregunta obvia: ¿por qué precisamente este tema había de ser objeto del largo interés precisamente de un hombre como Julio Philippi? Porque él ha sido muchas cosas que parecen difíciles de juntar en un solo haz como no sea por virtud de una personalidad sobresaliente. Ha sido un hombre de Derecho, preocupado de entender, perfeccionar y defender la norma que rige a la sociedad. Pero también un hombre de Estado con esa dosis de sabiduría práctica, de sentido de la oportunidad y comprensión de lo compleja que resulta la realidad de la vida pública. Y además un educador atento a la formación intelectual y moral de los jóvenes, dispuesto a rodearse de ellos, abierto a escucharlos y sensible a sus inquietudes tanto a las expresadas como a las que quedan en silencio. Pero no sólo eso, sino un amante apasionado y sacrificado de la naturaleza en toda su desconcertante riqueza y variedad; enamorado de esa frontera entre lo natural y lo histórico

donde se dan los hallazgos arqueológicos testigos de un amanecer olvidado; un heredero de la noble tradición de la Historia Natural, con la que los hombres de la Ilustración miraban la compleja y armoniosa unidad de la tierra; pero aun más y lo que es más decidor, hombre de una vida familiar de ejemplar riqueza, hombre de afectos profundos, de gozos naturales fuertes y espontáneos, de notable vitalidad. A un hombre así ¿por qué le habían de interesar los ángeles? Porque de entre las doctrinas reveladas hay algunas que les hablan a unos más que a otros. Y nadie que haya estado cerca de él discutiría que a Julio Philippi lo han "tocado" los ángeles. Yo quisiera sugerir después de leer el libro, que es precisamente por eso, por su propia gran vitalidad.

Porque el tema de los ángeles está como cargado, rebosante de vida. Es esa vida la que intuyeron tantos artistas: así el pintor de nombre olvidado del díptico de Wilton, Botticelli con su guirnalda de ángeles que sobrevuelan el pesebre, el Angélico con la delicada prisa del mensajero de la Anunciación, Gerald David o Memling con sus ángeles músicos abstraídos en melodías celestiales William Blake con sus figuras casi pavorosas. En esta época de arte mercantilizado y de entorno material estetizado, es fácil descartar todo eso como simples fantasías. Pero esas fantasías nacen en el seno de una experiencia religiosa milenaria.

No se estaban refiriendo a productos de su imaginación los autores sagrados que veían a Dios actuar por misteriosos mensajeros: el ángel de Yahvé que hirió a los primogénitos de Egipto; los serafines a los que vio Isaías cuando orando en el atrio del templo le fue dado ver la gloria de Dios; los querubines de espadas flamígeras; Rafael que acompañó a Tobías en su viaje, y el ángel Gabriel que fue enviado a una virgen en Nazareth. Todos ellos nos dicen algo de la gloria de Dios y de su manifestación a los hombres.

Ellos confirman una convicción que yace latente en el fondo del corazón humano. Lo primero que nos enseña la revelación de los ángeles es que los hombres no estamos solos. Esa es una intuición que acompañó a la humanidad por milenios. Los destinos de los pueblos, los trabajos de los campos, el ciclo de los astros, los montes, los valles y los árboles; los bosques habitados por seres sobrehumanos conformaban la Naturaleza animada de culturas antiguas. De una manera muy distinta, pero que guarda alguna analogía, ve Israel su destino acompañado por los mensajeros de Dios. Y es esa experiencia fundamental la que el judaísmo tardó y la

teología católica procuran poner primero a la luz del único Dios y luego a la del único Mediador. El libro de Julio Philippi le hace justicia a ese esfuerzo notable de la escolástica para depurar el concepto de los ángeles, sin perder su compañía. Debemos agradecer a esa seca abstracción que nos permite caminar sin errar a través de esa creación populosa, habitada y animada por infinitos destellos de la gloria de Dios. Nuestro Dios no es un Dios mezquino, que dé la vida con corta medida. La doctrina de los ángeles nos dice que su amor y su libre determinación de crear, no se dejan encerrar en nuestro estrecho horizonte sensorial. Dios es más amable por haber creado los ángeles a compartir su dicha y a participarnos de ella.

Desde el advenimiento de la Edad Moderna y la reforma, el racionalismo y el materialismo han venido despoblando de ángeles la tierra. En la Edad Media, Dante había mirado al cielo estrellado y había visto en la pupila de sus cuerpos luminosos el resplandor de la alegría de Dios. Le responde Pascal mirando el firmamento y queriendo escuchar alguna voz en el abismo: El eterno silencio de esos espacios infinitos me aterra. Y en vano el alma atormentada de Giordano Bruno busca por la vía del racionalismo hacerle justicia a la grandeza de Dios imaginando los infinitos mundos posibles, fruto de una fecundidad inagotable. Pero esa no era una creación libre, sino una consecuencia necesaria y por lo mismo fría.

Borrados los ángeles, el sueño de la razón engendra monstruos. El hombre solo frente a Dios termina en un vacío. Y por eso hoy día se nos hace mayor la necesidad de volver sobre estos datos básicos de la Revelación, librándolos de supersticiones y extravíos. La Sagrada Escritura y la Teología nos permiten limpiar esa doctrina y aclararla hasta que veamos en ella lo que realmente es: la revelación de la sobreabundante riqueza de Dios, de una creación llena de vida puesta en sostén y en ayuda del hombre.

El libro comienza por una exposición de la doctrina fundamental sobre los ángeles, presentada en el contexto de la doctrina de la creación, de la de los seres espirituales y la del bien y del mal.

Sigue una breve reseña de los ángeles en la Biblia y una mirada a definiciones del Magisterio. Luego de una breve alusión a los ángeles en la oración de la Iglesia ("lex orandi lex credendi"), viene una extensa y lúcida exposición de los datos filosóficos y teológicos de la creatura angélica. Parte muy importante de la obra porque opera una especie de ascesis de la

imaginación, y permite vislumbrar la limpia y austera profundidad de la doctrina, distinta a la vez de cuentos de niños y de prejuicios escépticos.

Un largo desarrollo - la mitad del libro - corresponde a los ángeles caídos, los que hoy día parecen expertos en hacerse olvidar y desconocer. Porque Julio Philippi no cae en el engaño que es tan común hoy día en que somos ingenuos frente al mal.

La Revelación nos muestra el trasfondo de la historia en que se libra la única batalla, la del demonio que quisiera desvirtuar la obra de la Redención, y que habiendo ya fracasado en lo principal de su intento, busca sustraer a los hombres al reino que les está prometido. Esa visión de mortal seriedad en un combate, que le da a nuestra vida su dimensión dramática que a menudo tememos enfrentar, se desprende nítidamente de estas páginas, donde se nos habla de un poder muy pequeño por cierto frente a la omnipotencia divina, pero grande frente a la debilidad humana.

Páginas que evocan la colorida riqueza de la creación, que nos llevan de la mano por los serenos caminos de la metafísica y que nos introducen en el dramático misterio de la suprema opción de los hombres y los ángeles, las de este libro son páginas claras, luminosas como un servicio de amigo hecho al lector.